

cristianismo y sociedad

María Elena Garmendia

Porque soy
HIJA de ABRAHÁN

Sacerdocio femenino
¿un clamor del Espíritu?

DESCLÉE DE BROUWER

María Elena Garmendia

PORQUE SOY HIJA DE ABRAHÁN

**Sacerdocio femenino
¿un clamor del Espíritu?**

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO – 2017

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	11
PRÓLOGO	13
I.- LA HIJA DE ABRAHÁN	23
II.- ESTABA A LA PUERTA	27
III.- SAL DE LA CUEVA.	35
IV.- PERDONA	41
V.- DEJA QUE TE LAVE	45
VI.- SÍGUEME.	49
VII.- OTRA VIDA	53
VIII.- EL SUCESO	89
IX.- VETE Y DILE A MIS HERMANOS	99
X.- ¿NO ARDÍA MI CORAZÓN...?	109
FINAL	135
EPÍLOGO	137

AGRADECIMIENTOS

Este libro no se hubiera escrito sin el apoyo incondicional de mi comunidad y, en especial, de mi hermana mayor Manttoni Sodupe. También mujeres como Dolores Alexandre, María José Arana y Adelaide Baracco me ofrecieron su casa para aclarar ideas. Los encuentros con Antonio Mas, Javier Vitoria, Xabier Pikaza, Txaro, Adrián y Luis Ramos, Armando Pego, Bonifacio Fernández, José M^a. Zunzunegui, Carmen Bilbao, Simindokht Shahrokhi, Elmar Witlestielier s.j., Eulalia Tort, Andrea Luca y las mujeres de Harremanak me han ayudado a comprender mejor el Reino de Dios. Todas estas personas ponen nombre a otras muchas que me han revelado a Dios y me han enseñado a ser más cristiana.

PRÓLOGO

*Voy a ayudarte Dios mío...
no eres tú quien puede ayudarnos,
sino nosotros quienes podemos ayudarte a ti
y, al hacerlo, ayudarnos a nosotros mismos.*

Etty Hillesum

La frágil y fuerte Etty Hillesum nos entregó su experiencia de Dios en medio de la barbarie del Holocausto. Pero más allá de ello nos entregó una comprensión de Dios tan o más profunda que un tratado de teología. Una comprensión “situada”, y por eso mismo extraordinariamente evocadora para nuestra sensibilidad (post)moderna. El Dios de Etty no es un Dios todopoderoso sino un Dios kenótico, oculto en los corazones devastados por la guerra y que, sin embargo, actúa desde dentro de la realidad más atroz como una “fuerza elemental”¹

1. “La miseria que reina aquí es verdaderamente indescriptible... sí, la miseria es grande y aun así me ocurre a menudo por las noches, cuando el día se va apagando dentro de mí, hondamente, que camino con ágiles zancadas a lo largo de la alambrada y siento subir de mi corazón una fascinación –no lo puedo evitar, proviene de una fuerza elemental–: esta vida es maravillosa y grande, tenemos que construir un nuevo mundo después de la guerra” (3 de julio de 1943, carta escrita desde el campo de Westerbork).

que la empuja y la sostiene hasta hacerla capaz de la confianza más absoluta en su Amor. Y entonces, para ella ya no se tratará de creer, desde el sometimiento pasivo, en un Dios factótum, quizás también arbitrario, o irascible, u ofendido... No, se tratará de levantarse por encima de la miseria del mal y desde la conciencia de su propia dignidad humana *responder* a los retos de la existencia y así “ayudar a Dios” a nacer en este mundo tan opaco y en ella misma.

Gracias a la frágil y fuerte Etty –y no solo a ella– que nos habla de Dios desde un campo de concentración, hoy somos un poco más conscientes de que creer en Dios nos obliga a mirar de frente la cara oscura de la realidad resistiendo a la tentación de conciliarla *teóricamente* con la bondad de Dios (teodicea) y, en cambio, comprometernos para transformarla *prácticamente* en el Reino. Hoy nos hallamos ya dentro de un nuevo paradigma, que Etty preanunció hace más de setenta años. Un paradigma nuevo o, mejor dicho, un paradigma que responde a una *nueva obviedad*² según la cual para mucha, mucha gente –creyente o abierta a la transcendencia más allá de las religiones– ya no tiene sentido hablar de sagrado-profano, sobrenatural-natural, espíritu-materia, porque su percepción de la realidad ha cambiado: han dejado atrás los rígidos dualismos de antaño y caminan hacia una integración cada vez mayor de las contradicciones, las tensiones y los conflictos

2. El concepto es de E. Jünger: “Jesús creó una nueva comunidad con Dios en oposición a la obviedad dominante de la Ley. Esta contraposición dio a la apertura de la nueva comunidad el carácter de una nueva obviedad que se convierte por primera vez en evidente y por ello genera alegría.” (*Dio mistero del mondo*, Queriniana 1982, 462).

intrínsecos a la realidad. Para esta gente, adulta en la fe, la realidad es *una* y lo es dentro de “la” Realidad: es vida que gime de dolor por el mal o hiere con su crueldad, y *a la vez* es vida a raudales que asombra por su belleza. Para esta gente, adulta en la fe, su fe ya no es solo algo recibido y, quizás, asumido sino un reto constante a su pereza espiritual, intelectual y existencial. Para esta gente, adulta en la fe, la mística es un “estar a la intemperie”, desnudos de pseudo-certezas religiosas en su apasionada búsqueda del Sentido, del Misterio, de Dios... y siempre al borde del abismo de la no-fe. Para esta mucha gente, adulta en la fe, el paradigma ha cambiado. Una *nueva obviedad* se les ha hecho evidente: lo dinámico, lo abierto, lo que irrumpe y subvierte, e incluso lo caótico³ pertenecen absolutamente a todo lo vivo, y leídos desde la fe son la manifestación de la Divina Ruah, del Espíritu que “en el comienzo se movía sobre las aguas”.

María Elena Garmendia con su libro se sitúa dentro de este nuevo paradigma, desde su fe y desde su opción de vida como católica y monja carmelitana descalza. En estas páginas descubrimos una fe profunda en el Dios de la Vida, fe que se nos revela *sub contrario*, a través de sus obscuridades más que

3. “El caos es consustancial a la vida. Esto es un descubrimiento cuántico... El caos es un principio de organización de nuestro universo cuántico... El caos es la vida tal y como es, no de la forma que nos gustaría que fuera... En un universo cuántico tenemos que hacer amistad con el caos... Mientras confinemos al Espíritu en aquellos viejos lugares familiares asignados por la tradición, no comprenderemos la verdad transformadora de que el caos es el espíritu de Dios en el modo de Pentecostés... En un universo cuántico la espiritualidad no consiste en retirarse del caos, sino en reconciliarse con él.” (M. Therese Winter, *Paradojas. Espiritualidad en un Universo cuántico*, Sirena de los Vientos 2017, 92-96).

a través de unas certezas adquiridas. Una fe que se hace conscientemente adulta cuando da el paso de la obediencia religiosa a la “obediencia a lo real”, como dice la autora, porque finalmente ha caído en la cuenta de que no hay “dentro y fuera, profano y sagrado”. Lo real, afirmado como Templo de Dios. Con sus luces, pero también con sus sombras. Lo real que “es” sin pedir permiso, que irrumpe y nos desconcierta, que nos arranca hasta desgarrarnos de nuestro confort religioso y nos arroja al fuego purificador de la pregunta ¿Dios, quién eres? “Hay que ser a-thea para obedecerte bien: dejar de saber quién eres y dejarte ser como te muestras”, responde la autora. La obediencia recupera así su auténtico significado: lejos de ser el refugio y la justificación de los pusilánimes y de los mediocres sirvientes de la ley, es escucha (*ob-audire*) valiente y arriesgada del Misterio que palpita en lo real, su Templo.

Pero esta conversión, que no acaba nunca, no acontece sin dolor: el *éxodo* es el único camino que se abre delante de nosotr@s. Éxodo de todo aquello que hemos vivido como esencial y que *no* lo es. Éxodo que se convierte necesariamente en éxodos, muchos y diferentes a lo largo de nuestra biografía de fe. Sin éxodo, sin salida de “nuestra” tierra –la que hemos heredado, interiorizado, teologizado, sublimado, quizás pervertido...– nunca haríamos camino hacia la Tierra Prometida. Porque la Promesa pertenece al futuro, pero el presente es su (in)consciente partera y el pasado la sostiene desde las entrañas más profundas del Amor. Éxodo y éxodos, historias e Historia, vidas y Vida, Evangelio que se hace carne en los infinitos evangelios de la existencia humana. Conscientes o no que seamos

de ello, el Misterio nos abraza y a la vez nos agarra, nos atrae y a la vez nos inquieta, irrumpe y a la vez se difumina, dejando siempre la marca de su Fuego.

De este Fuego habla la autora en las páginas de su libro. El mismo Fuego que sacó a Abram de su tierra: “lo sacaste de Ur, ciudad de los caldeos, y le pusiste por nombre Abrahán” (Neh 9,7). El éxodo nunca es libremente escogido, siempre se impone, dolorosamente. Y siempre nos regala un nombre nuevo, nos hace re-nacer, nos lleva a nuestra verdad más íntima y profunda, aquello que somos desde siempre en Dios. El éxodo nos guía hacia el Misterio por un camino a veces desolador, otras veces de consolación. Soledad y comunión, fe e incredulidad, absurdo y sentido... Nada le es ajeno, como nada le es ajeno a lo real: vida y muerte, vacío e inmensidad. El éxodo es el único camino para una fe adulta, aunque en él esta pierda todas sus certezas, todo su voluntarismo, todo su dogmatismo. Una fe adulta no es nada más, pero nada menos, que un sí a lo real desde la confianza radical en que el Amor es el sentido. Este sí a lo real es lo que mueve la autora: “para hablar de Dios basta hablar de la vida”. Sí, así de simple, lo real es la vida. Una obviedad, dirán algunos. Pero ¿cuánto le ha costado a la espiritualidad cristiana descubrirlo? ¿Cuánto, reflexionarlo? ¿Cuánto, vivirlo?

Hablar de la vida para hablar de Dios... El relato que tenemos en las manos se nos ofrece como un relato de fe *práctica* en un Dios encarnado. Es decir, fe que cree en el Dios cristiano no tanto “creyendo” teóricamente en unas verdades, sino *viviendo* las verdades creídas. Su dinámica no es un pacífico y

a-crítico asentimiento a las verdades aprendidas, sino un doloroso y descarnado proceso que va del desconcierto a la acogida, a la interiorización y finalmente a la contemplación. Porque la Encarnación de Dios no se aprende, se aprehende, y esto no sucede sin dolor. Miedo, duda, rechazo, pero también luz, fuerza, paz... La irrupción de lo Divino sub-vierte, de-construye, des-estabiliza. Y esto duele, más aun tratándose de la fe, que es *mi* fe, la que tiene sentido para mí. Pero, paradójicamente, este proceso des-estructurador es el único camino hacia una fe adulta, capaz de vivir lo real como sacramento de Dios.

Integración, no-dualidad, comunión... y con ellas una nueva comprensión de nuestro ser-en-el-mundo: *ser-para*. Así la fe, nuestra fe, en el Dios encarnado ya no se percibe a sí misma en un apacible, asesegado y estático “centro” sino dentro de un torbellino que la empuja y la lanza hacia los márgenes y más allá... “Ve y di a mis hermanas y hermanos”. El Espíritu infunde Vida a las palabras del Resucitado a María Magdalena y estas cobran vida y se vuelven misión. Misión apasionada, abierta, transformadora. Y la fe se descubre a sí misma como algo que no es “mío” sino de todas y todos, y esto significa fidelidad, responsabilidad, testimonio...

Las páginas que nos ofrece María Elena Garmendia son la respuesta a la irrupción de Dios –ella habla de “Suceso”– en su vida de monja contemplativa. Irrupción sin violencia pero radical, que llega hasta lo más profundo de su ser. Un “antes” y un “después”, que ahora ella es capaz de convertir en palabra, consciente de que la vida narrada es *lugar teológico*, fuente de conocimiento para la teología, y para el magisterio.

La vida, lugar teo-lógico: epifanía del Dios que se encarnó históricamente en Jesús de Nazaret y sigue encarnándose hoy en nosotros. Epifanía de una Presencia luminosa y poderosa, pero también oculta y sufriente.

“Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno de vosotros es una parte de él” (1Co 12,27). Para Pablo la encarnación de Cristo-en-nosotros no es una metáfora. Si no lo es, esto tiene sus consecuencias. *Ser-cuerpo-de* Cristo es ontológicamente diferente de *pertenecer-a* Cristo. Porque el “pertenecer-a” se sostiene aun en una dualidad entre un yo y un tú, aunque pueda haber la más profunda comunión entre nosotros. En cambio, el “ser-cuerpo-de” constituye, modela, estructura mi ser –y todos los otros seres– en el Ser Total, el Cristo, en quien vivimos y morimos (Ro 8).

Ser-cuerpo-de Cristo para la fe cristiana no es una metáfora. De lo que Él es-y-actúa en cuanto Cristo “Total” participamos tod@s nosotr@s en cuanto *cristi-ficad@s* –hech@s-Cristo– por el Bautismo. Sumergid@s en su muerte y Resurrección ya no somos “otr@s” respecto de Él sino que somos-cristos-en-el-Cristo, ungid@s-en-el-Ungido, entretejid@s en Su Ser, como una célula es cuerpo-en-el-cuerpo. *Cristi-ficad@s*, sí, pero libres de asumir o no nuestra *realidad crística*. Nuestro camino de fe no es otra cosa que ir avanzando, a menudo a tientas, hacia una conciencia cada vez más profunda de nuestro ser-cristo-en-el-Cristo.

Sin embargo, a lo largo de la historia cristiana, esta realidad crística que nos configura ha sido comprendida en un

sentido más bien “débil”, mucho más próximo a lo metafórico que a lo real. Y esto nos ha llevado, entre otras consecuencias, a una Iglesia en la que no hay una igualdad real (que no teórica) entre l@s bautizad@s. Igualdad que necesariamente tiene que reflejarse también en el reconocimiento real (que no teórico) de los carismas de todas y todos, carismas que aparecen de modo inesperado y casi siempre molesto para el *status quo*. Igualdad que no ha sido entregada ya realizada a la Iglesia, sino para que la hagamos realidad, a partir de aquel “Ve y di a mis hermanas y hermanos” que el Resucitado entregó a María Magdalena.

El binomio *misión-mujer* no se ha declinado nunca de modo pacífico en la Iglesia. Desde la negación de antaño de hablar en la asamblea hasta la negación de hoy de la ordenación presbiteral. Pero el Espíritu “se queja y sufre como una mujer con dolores de parto” (Ro 8,22), apremia y empuja hacia *nuevos éxodos* de las certezas hasta ahora poseídas, éxodos que nos lleven como Iglesia a descubrir *nuevas obviedades*, y con ello a vivir un poco más nuestro ser-cuerpo-de Cristo.

El libro de María Elena Garmendia es una interpelación a la teología sobre nuestra realidad crística, y lo es de una manera especialmente profunda por nacer de lo *teologal*, no de lo teológico. La realidad afirmada con los labios se convierte para ella en una realidad marcada a fuego en el corazón. Y llega el desierto, que es el desierto de la soledad, el desierto del hiato existente entre carisma e institución, el desierto del no-lugar, allá donde se ve empujada la experiencia teologal hasta que no sea asumida eclesialmente. Así lo que había irrumpido

inmediatamente como Palabra, provocando un “salto” en el camino de fe personal de la autora, en su travesía por el desierto y la purificación se va plasmando en palabra que es a la vez interpelación y grito. No hay lugar para el orgullo ni para la rabia cuando lo “otro” entra de verdad en nuestra vida. En cambio, sí hay lugar para el desconcierto y el sufrimiento, para la valentía y la honradez consigo misma y, por encima de todo, para el amor. Amor a la Iglesia, amor a la verdad de la profunda dignidad de las mujeres, que están llamadas, sí, ellas también, a vivir y actuar *in persona Christi*.

Gracias, María Elena, por estas páginas que, como tú querías, hacen arder nuestro corazón.

Adelaide Baracco Colombo

I

LA HIJA DE ABRAHÁN

Estoy segura que cuando mi padre Abrahán miró al cielo y vio las estrellas porque Dios le estaba prometiendo que así de inmensa sería su descendencia, no pensó en que tendría hijas. Él solo quería un hijo varón que heredase sus bienes, en vez de su siervo Eliézer. Y tal como deseaba desde el principio, lo hizo: nombró heredero universal a su hijo Isaac, el hijo de Sara; y despachó en vida a Ismael, el hijo de la esclava Agar y a sus seis hijos tenidos con Quetura.

El patrimonio de Isaac no solo fueron tierras y rebaños sino también las historias del clan. Esas historias contaban que Dios nos escuchaba. Esa era la herencia. Porque lo de salir de su tierra no fue lo decisivo para mi padre; él ya era itinerante antes de que Dios le hablara. Lo radicalmente nuevo fue que desde que Dios le habló, todos los del clan tuvieron acceso a Dios. Todos, sin excepción. Y se relacionaban con Dios sin compostura, tal como ellos eran: capaces de reír ante Él cuando les aseguraba una paternidad y maternidad a deshora; capaces de confesar su orgullo con la rival estéril, capaces de regatearle justos a Dios para salvar Sodoma y Gomorra. Esa relación creó

altares y nombres divinos. No leyes. Dios era Presencia. Y ese Dios hablaba lo mismo con la esclava que con el cabeza de familia. Dios escuchaba los gemidos. ¡Maravilloso! Salvó una vez al hijo de la promesa y dos veces al hijo de la esclava. Y porque ya conocía el relato de la esclava, mi padre Abrahán subió al monte Moria creyendo que Dios podría resucitar a su hijo Isaac, si lo mataba.

Un pueblo elegido se formó a partir de los descendientes de Isaac. Pero hijos de Abrahán eran también los otros. Con el tiempo, la Alianza se materializó en la Ley y la circuncisión. La circuncisión era solo para los hombres y la Ley llegó a casuísticas minuciosas que no todos podían cumplir. Muchos quedaron fuera. También nosotras, las hijas de Abrahán. Incontables, como las estrellas.

Cuando Jesús, el hijo de Dios, compartió nuestra vida vio que muchos ya no eran tenidos como hijos de Abrahán. Tampoco nosotras. Jesús lo cambió y en su grupo había hombres y mujeres juntos, sin diferencias. Eso le costó la vida.

A partir de Él se formó la Iglesia. Ahora hay diversas Iglesias que se llaman cristianas; yo nací en una de ellas. Con tristeza he visto que no han acabado las cargas pesadas y las exclusiones en el mundo, ni tampoco dentro de la Iglesia de Jesús. Por ejemplo: si hoy mismo una mujer dijera que Cristo le ha impuesto las manos consagrándola igual que a los hombres ¿qué pensarías? ¿Crearías que Dios haría algo así?

Antes de responder, quiero contarte esto.